

## La traducción de obras clásicas al español de América

*Por Mario Frías Infante*

Más y nuevas traducciones

Las obras clásicas grecorromanas tienen como cualidades esenciales la permanente actualidad y la universalidad. En ellas, por lo tanto, se reconoce a sí mismo e identifica a los demás el hombre de todos los tiempos y de todas las latitudes.

Por lo tanto, dichas obras se constituyen en eficaces facilitadoras de la comunicación, puesto que ellas atesoran aquella civilización surgida en torno al mar Egeo, el Mare Nostrum, civilización cuya vida perdura a través de los siglos como el común sustrato de todas las modalidades de la cultura occidental. Más aún, tal vez no exista sobre el planeta cultura alguna que no sea, en mayor o menor grado, influida por aquella.

Y aquí viene la importancia de las traducciones, puesto que el acceso a los escritos originales de los antiguos griegos y romanos está reservado a minúsculos grupos de helenistas y latinistas y, en el mejor de los casos, aminorías de privilegiados que recibieron formación clásica. El gran público solo puede conocerlos y zambullirse en ellos a través de versiones a las lenguas modernas, con preferencia a la materna de cada comunidad lingüística.

Quinto Horacio Flaco, refiriéndose a su obra poética, sentenció en una de sus odas:

*Exegi monumentum aere perennius,*

*Quod non imber edax, non Aquilo impotens*

*Posit diruere, aut innumerabilis*

*Annorum series, et fuga temporum.* (Od. III, xxx)

Cierto, la realidad confirma que las obras clásicas son más duraderas que el bronce, que ni la voraz tormenta ni el desenfrenado Aquilón las destruyen, como tampoco se extinguen con la nónica sucesión estacional ni con el paso del tiempo. Las traducciones, empero, son perecederas. No resisten a los cambios lingüísticos que en el espacio y con los años inevitablemente se producen. La vigencia de una traducción, sea cual fuere su calidad, no traspasa los límites que la diacronía, la

aloctonia y la alolalia idiomáticas le imponen, pues, volviendo a Horacio, “así como en el bosque los árboles cambian las hojas, cayendo las primeras en el transcurso del tiempo, del mismo modo los términos antiguos caen en desuso y entran en vigencia vocablos nuevos de plena actualidad.”

Estas circunstancias no solo justifican sino que obligan a emprender nuevas traducciones de obras clásicas grecolatinas que ya fueron traducidas una o más veces, más aún si esas versiones están destinadas a públicos pertenecientes determinadas áreas lingüísticas.

Lo que sigue está referido a la traducción del griego clásico, como lengua fuente (L F), al español actual de América en su norma culta, como lengua receptora (L R). Se desarrolla en el marco de la experiencia personal de haber traducido la tragedia sofoclea *Edipo Rey*.

Si admitimos con Nida y Taber que “la traducción consiste en reproducir en la lengua receptora el mensaje de la lengua fuente por medio del equivalente más próximo y más natural, primero en lo que se refiere al sentido y luego en lo que atañe al estilo”, hemos de reconocer que en el proceso de la traducción se suceden dos fases imprescindibles. La primera consiste en la comprensión del texto objeto de la versión en la lengua fuente y la segunda, en la expresión de ese texto en la lengua receptora, apellidadas, la primera, semasiológica y la segunda, onomasiológica.

### **Fase semasiológica**

Más de veinte siglos nos separan del *Edipo Rey*, lo que implica que la lectura que se realiza hoy de esta tragedia corre el riesgo de proyectar sobre el original elementos de nuestra visión del mundo, de una actualidad que difiere en aspectos esenciales de la que tenía el hombre de la Grecia clásica. Era aquel un mundo poblado de dioses y demonios, con una mitología extraña para nosotros, con una estructura y organización económica, social, jurídica y política de la polis que hoy nos suenan a una lejana historia distinta de nuestra realidad.

En este marco, la fase semasiológica se le torna al traductor de una obra del griego clásico, como lengua fuente, al español, como lengua receptora, particularmente difícil. Le exige la recurrencia a la ciencia filológica, de suerte que mediante el conocimiento histórico, gramatical, léxico, estilístico y de otras características concernientes al un texto literario de la antigüedad griega, logre desentrañar, lo más que pueda, el sentido y la riqueza del original dentro de la visión del mundo en la que fue creado.

Tratándose del *Edipo Rey*, solo como muestra, paso a la consideración de una categoría esencial en la cosmovisión griega y particularmente en esta obra. Se trata del destino, el cual estaba omnipresente en la vida cotidiana con el sentido fundamental del posicionamiento de un orden divino del mundo o, en otros términos, la concepción del carácter numinoso de la realidad. Para cubrir la semántica de *destino* el hombre griego disponía de un importante conjunto de palabras: τύχη, μοῖρα, ἀνάγκη, τότμος, χρή, χρεών, αἴσα, λαγχάνω, καιρός, μαντεία, φάτις.

De este conjunto, el término más usado en *Edipo Rey* es τύχη. Aparece catorce veces como sustantivo. Y ese mismo étimo se encuentra en el verbo τυγχάνειν, que sale doce veces; en los verbos compuestos εὐτυγχάνειν y δυστυγχάνειν. Dos veces el primero y una el segundo. En total, veintisiete recurrencias a este étimo.

La palabra μοῖρα fue empleada en seis contextos de la tragedia sofoclea en cuestión; ἀνάγκη, en dos; χρή, χρεών, en noventa y uno; καιρός, en tres; en trece, μαντεία; en siete, φάτις.

Todas estas voces pertenecen al campo semántico de destino, pero cada una con sus propios matices y notas características, de modo que donde se halla una de ellas no hay cabida para otra del grupo: no son conmutables entre sí.

A modo de ilustración, presento algunas someras consideraciones solamente sobre tres vocablos del conjunto: τύχη, μοῖρα y ἀνάγκη.

Simplificando, en razón del tiempo, para el análisis de de τύχη, hay que tener en mente su estrecha relación semántica con τυγχάνειν, “el verbo del encuentro por excelencia desde la poesía homérica”, según López. Así en la *Ilíada* (V, 287) Diomedes se dirigió a Pándaro, refiriéndose a la lanza que este le había disparado, en estos términos: “erraste y no acertaste” (ἤμβροτες οὐδ' ἔτυχες), expresión en la que la forma ἔτυχες precedida de la negación οὐ señala que la lanza no encontró el blanco al que fue apuntada; que, por lo tanto, no hubo contacto físico. El significado, empero, de este verbo evoluciona, a través del tiempo, desde el encuentro y contacto físico en el campo de batalla que se expresa en la *Ilíada*, “hasta connotaciones de carácter abstracto que permitirán la configuración de un pensamiento complejo sobre el ámbito cotidiano de los sucesos imprevistos en la esfera del interés humano: encontrar la amistad o el amor, la riqueza o la miseria, encontrar la felicidad o la muerte y encontrarla

sobre el trasfondo religioso de una fuente divina que nos destina o regala”, sostiene López.

La palabra τύχη, íntimamente relacionada con el verbo τυγχάνειν, en el pensamiento griego hace referencia a las modalidades del encuentro incomprensible, al margen de la voluntad, que configuran espacios de significación práctica en la historia de cada individuo: ese encuentro que nos convulsiona, arruina o bendice. Τύχη, más que a la idea de destino, se aproxima a la de fortuna, a la de una total indeterminación, al hecho de que a cada quien le puede pasar cualquier cosa. Por tanto, lo imprevisible, aquello, bueno o malo, que en el momento menos esperado le puede sobrevenir a uno, el cambio repentino de la suerte, de la dicha a la desgracia o a la inversa, un brusco darse vuelta la medalla. ¿No es acaso el final del Edipo Rey una clara alusión al cambio repentino de la suerte en los mortales? No se olvide, por otra parte, el perfil de la diosa Τύχη, personificación de la volubilidad y mutabilidad, del capricho, de lo imprevisible, de la incertidumbre. Se dice de ella que se complace con los variados cambios.

La palabra μοῖρα se relaciona con el término μέρος, que significa parte, porción, lote. Así, μοῖρα encierra la idea de la parte o porción que le toca a cada individuo, es decir las circunstancias peculiares de cada existencia, como un hecho concreto que debe afrontarse.

Las Moiras fueron inicialmente consideradas espíritus del nacimiento. Se creía que ellas atribuían al niño al nacer el lote que iba a corresponderle de vida y, como este lote incluía el momento y la forma de la muerte, eran por demás temibles. Pero a medida que fue racionalizándose dentro de la mentalidad determinista esta dependencia divina del ser humano, la imagen de las Moiras fue haciéndose cada vez más abstracta, hasta llegar a convertirse en un concepto que expresado en singular, la Moira, representó primero el lote, parte o porción atribuido a cada hombre y, finalmente, la fuerza misteriosa del destino.

En cuanto al significado de ἀνάγκη, esta palabra equivale fundamentalmente a “necesidad”. Es el término que da origen, como derivados suyos, a los adjetivos ἀναγκαῖος, necesario, y ἀναγκαστός, forzado, obligado, así como al verbo ἀναγκάζω, forzar, obligar.

El equivalente español más aproximado de la palabra ἀνάγκη es “necesidad” en el sentido de que aquello que es de una manera no puede ser de otra, como fundamento de todo, de suerte que lo que es así no admite ser distinto. Comprende a cuanto no se hace ni determina la voluntad de las personas sino una

voluntad que domina al mundo, a la realidad misma. No se presenta como una totalidad armónica sino más bien con cierta violencia.

En la mitología griega *Ανάγκη* era la diosa de la necesidad, de la que rige todo de principio a fin, respetada y, sobre todo, muy temida, por su condición del dueña del destino. Existía la arcaica concepción de que “contra *Ανάγκη* ni los dioses luchan”.

Aparte del léxico hay que considerar las diferencias de la morfología y de la sintaxis del griego antiguo con las de la lengua española. Tales diferencias constituyen para el traductor una dificultad que debe vencer para su debida comprensión del texto original.

Otra dificultad, y no menor, es la que deriva de que el Coro utiliza el dialecto dórico, no el ático como el resto de la tragedia.

Una vez superada la fase semasiológica, en realidad preparatoria en el proceso de la traducción, ha de emprender el traductor la fase de la onomasiología, la que propiamente ha de culminar en el resultado propuesto del trasvasamiento de del texto de la lengua fuente a la lengua receptora.

### **Fase onomasiológica**

En esta fase tenemos que considerar dos aspectos. El primero estará centrado en la adecuada interpretación de los términos *τύχη*, *μοῖρα* y *ἀνάγκη* a lo largo del *Edipo Rey*. El segundo tratará del empleo del español de América como lengua receptora y de la traducción verso a verso.

Empecemos por la palabra *τύχη*.

En el verso 52, *τύχην* equivale a “bienestar”: “pues así como entonces con un agüero próspero nos diste bienestar ...”

En los versos 80 y 1526, *τήχη* equivale a “buena suerte”.

En el verso 102, *τύχην* significa “desdicha”. Algunos traducen a “muerte”. Yo prefiero a “desdicha”, habida cuenta de que en el verso anterior, el 101, para muerte se emplea la palabra *φόνος* en la expresión *φόνον φόνω λύοντας*; “espiondo una muerte con otra muerte.”

En el verso 263, *τύχη* significa “mala suerte”. Es una equivalencia opuesta a la del verso 80: *ἐς τὸ κείνου κρᾶτ' ἐνήλαθ' ἢ τύχη*: “la mala suerte contra su persona se lanzó.”

En el verso 442, τύχη significa tanto “buena como mala suerte”: buena en apariencia, mala en realidad.

En los versos 680, 773 y 775, τύχη equivale a “suceso”, “lo acaecido”, “trance”.

En los versos 949 y 1036 τύχη significa “azar”.

En el verso 1080, Τύχη, la diosa.

El término τύχη es empleado en el *Edipo Rey* con diversos sentidos (siete), algunos opuestos entre sí, y otros con matices diferentes, lo que obliga al traductor a buscar la equivalencia más próxima para cada uno de los casos.

Pasamos a la palabra μοῖρα:

Aparece seis veces en el *Edipo Rey*, en los versos 376, 713, 863, 887, 1302 y 1457. En todos ellos mantiene su significación unívoca, cuyo equivalente en la lengua receptora es el vocablo “destino”.

Finalmente, ἀνάγκη:

Esta palabra sale dos veces: en el verso 877 equivale a “destino” y en el verso 986, a “forzoso”, en el sentido de que “es así y no puede ser de otra manera”.

El caso de los términos τύχη, μοῖρα y ἀνάγκη es tan solo una muestra, en el campo léxico, de las dificultades con las que debe batallar en la fase onomasiológica el traductor de una obra de la literatura clásica griega a una lengua moderna, en este caso, al español. La morfología y la sintaxis, por su parte, presentan sus propias dificultades, dadas las diferencias entre las de uno y otro idioma, en gran medida por la carencia absoluta de hablantes nativos de la lengua fuente.

Por último, hay que precisar, dentro de la fase onomasiológica, la modalidad de la lengua receptora, en función del público al que va dirigida una traducción. Es muy importante que un lector que no tiene acceso al texto original de una pieza clásica grecorromana, disponga de una versión a su lengua materna sí, pero con los rasgos de la modalidad de su propia área lingüística. Una traducción adecuada al público español no lo es, en el mismo grado, para el público de América, como, por supuesto, tampoco a la inversa.

Vayamos al *Edipo Rey*. Lo primero que ha de destacarse es el pronombre “ustedes” en sustitución del pronombre “vosotros”; asimismo las formas pronominales “los” y “las” en vez “os”. En los verbos, la tercera persona del

plural en vez de la segunda persona de plural. En este sentido, los tres primeros versos de la obra dirán: “¡Hijos míos, postrera descendencia del antiguo Cadmo! / ¿Por qué en presencia mía están ustedes / con ramos suplicantes ante el altar sentados?”

Tenemos otra muestra en los versos 58 al 67: “¡Oh hijos míos dignos de piedad! Conocido y no ignorado / el anhelo que los trae junto a mí; pues bien sé de qué se trata: / sufren todos, pero aun sufriendo, como yo, / no hay uno de entre ustedes que igual sufra, / pues del dolor de ustedes cada uno tan solo el suyo sufre; / a él solo y a nadie más afecta; / pero mi alma por la ciudad se angustia, por mí y por ti al mismo tiempo, / de suerte que ustedes no me despertaron de un sueño en que durmiera placentero. / Sepan, por el contrario, que lágrimas copiosas he vertido, / que muchos caminos he recorrido en el divagar continuo de mi mente.”

En cuanto a las interjecciones, hay algunas que, siendo muy familiares y corrientes en el habla peninsular, no lo son la de América. Así, los versos 45 al 47 se traducen “¡A ver tú, de los mortales el mejor, endereza la ciudad. / ¡Mira! Ten cuidado, a ti ahora / su salvador te llama ...”, recurriendo a las expresiones “¡a ver!” y “¡mira!” en lugar de “¡Ea!”. Otro tanto ocurre en el verso 142, donde en vez de “¡ea!” se coloca “pues ya”. En el verso 1071 es más familiar y corriente la expresión interjectiva “¡pobre Edipo!” que “¡ay, desgraciado!” En el 1154, para América queda mejor “¿No hay alguien que en este instante le ate las manos a la espalda?” que “¡De prisa! ¡Que uno le ate las manos!” Más adelante, en 1182 “¡Ay, ay de mí” es más natural que “¡Dolor por mí!”

Para terminar, hago una mención de la traducción verso a verso. De una parte, me vinieron a la memoria las palabras de Virgilio: *facilius est Herculi clavam quam Homero versum surripere*: “Más fácil es sustraerle a Hércules la maza que a Homero el verso.” Aunque la traducción en verso de las obras poéticas es desaconsejada por algunos, opté, siguiendo a muchos traductores en la materia, por el verso libre, respetando la división en versos del original hasta donde fue posible, puesto que la sintaxis del español no siempre permite mantener la distribución hiperbatónica de la lengua griega clásica. Esta distribución ha hecho posible la numeración de los versos en la traducción con correspondencia a la del original, con las ventajas que significa tanto para el lector común como para el estudioso cuando necesitan ubicar en el texto original uno o más versos.

En conclusión, considero que es insoslayable reconocer el derecho del público americano de contar con traducciones del clasicismo grecorromano a la modalidad del español que en la actualidad se habla en nuestro continente.

